

santuario de Guadalupe, y aunque cerca de él se ve el lindo jardín azteca, modernísimo, elegante, trazado y hecho durante el gobierno del Sr. Jiménez, no podemos sacudirnos la impresión monacal que llevamos encima. Por añadidura pasan al lado nuestro—voy con vd., lector—hombres envueltos en anchas capas y que, ó son sacerdotes, ó lo fueron, ó van á serlo.

Todo en Morelia, y á pesar de la estatura de Ocampo, es clerical. Y allí sin duda el clero fué muy rico y aún conserva restos de su opulencia. Lo dicen los treinta templos, entre templos propiamente dichos y capillas, que existen todavía, amén de los extinguidos; lo dicen las ruinas de esos conventos tan grandes como las del Carmen; y las suntuosas fábricas levantadas allí por jesuitas, ó por frailes. Lo que es ahora Escuela de Artes, y por cierto hermosísimo edificio, fué antaño colegio de jesuitas. Lo que es ahora Palacio de Gobierno, fué Seminario, y en él se educó Ocampo. Y para no intrincarnos ni hacer referencia á otros grandes conventos como el de San Francisco y muchos más, básteme citar las construcciones nuevas emprendidas recientemente por el clero: el soberbio Seminario y el Colegio de Guadalupe destinado á la enseñanza de las niñas.

Pero estas instituciones eclesiásticas, así como las civiles ú oficiales merecen capítulo aparte. El lector ha de estar cansado; y ¿cómo no, si yo, que me quiero más y me oigo más que él á mí, lo estoy también?

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

---



---

## EL MANZANILLO.

---

### I

Del Puerto del Manzanillo, y á la orilla del camino que va para Colima, se extiende en un espacio de diez leguas la laguna de Cuyutlán. El viajero que acaba de pasar los espléndidos bosques de cocoteros, de camichines y de chicos zapotes que bordan el camino, formando los palmares los más bellos mosaicos de sol y sombra, mientras los camichines gigantesos extienden una multitud de ramas verdes, y los chicos embriagan con el aroma de sus frutos; el viajero, decimos, que ha dejado atrás los preciosos pueblos de la costa, con sus casas de tejas, todas con sus portales y sus hamacas en ellos, en donde á la sombra duerme indolente el hombre de los países cálidos; y ha atravesado por fin el hermoso río de la Armería, que formando cascadas espumosas de plata va ya grueso y poderoso á perderse en el mar, y se atavía de sus más bellos colores, y de sus más bellos acentos para hundirse en el Océano, como la novia cubre su frente con el velo virginal y adorna sus encantos para arrojarse en los brazos de su prometido; ese viajero, siente después una tristeza invencible y profunda cuando llega al borde de la laguna, que se pasa en su parte más angosta, para tomar el otro lado del camino de que hemos hablado, y se extiende hasta el puerto entre el mar y la misma laguna. Antiguamente había un camino de tierra, á semejanza de los diques de nuestros lagos del Anáhuac, el cual servía para



atravesar la laguna; pero las víboras lo horadaban con facilidad, y los caimanes y lagartos les ayudaban á destruirlo. Hoy, y á pocas varas de esa antigua calzada, hay un puente de madera sostenido por grandes estacas. El ruido que en él hacen las pisadas de las mulas que lo atraviesan, desconfiadas, con el ojo listo y las orejas paradas; la laguna que se extiende, por decirlo así, árida á nuestra vista; y el espectáculo raro, para quien por primera vez lo mira, de la multitud incontable de lagartos que se agrupa debajo del puente, como esperando algún desliz de la mula para tragarse al jinete, multitud que parece un agrupamiento de troncos pardos de árboles; todo esto causa una extraña melancolía. Parece que se va á dejar atrás el mundo de la vida y de los ensueños, para ir á emprender no sabemos qué peregrinaje de tristeza por arenosas y desiertas playas.

## II

El camino costea la laguna y tiene un peligro como los caminos de los tiempos heroicos de la Grecia; pero no es una esfinge en espera de un Edipo que resuelva el enigma, ni una serpiente Pytón que recibirá las flechas del arco de plata de Apolo; es un enemigo que no se ve, que no se siente y que no se puede matar: la fiebre. Las diez leguas de la laguna, son diez leguas de putrefacción y de miasmas, que inoculan el mal al pasar.

En cambio tiene sus encantos. El tumbo inmenso del mar se escucha con solemnidad. El ruido del mar siempre encanta, porque el ruido del mar no es monótono. El mar canta una epopeya, sin repetir jamás la misma estrofa.

De trecho en trecho se encuentra también bellísimos trozos de vegetaciones; y es muy agradable en la noche pasar frente al pueblecito de Cuyutlán, donde se abrigan los trabajadores que sacan de la laguna la famosa sal de Colima; con las luces de las chozas, toma cierto aspecto fantástico de leyenda alemana. Allí va la gente trabajadora de Colima á sacar sal y enriquecerse, ó

morirse de fiebre. La gente rica y bien acomodada va á tomar los baños de mar. Es curioso ver una cadena formada por cien ó doscientas personas que se van á bañar, y se toman de las manos para poder resistir la poderosa ola que viene á azotarlos hasta la playa; y todo esto confundidos los hombres con las señoras. Allí no ha tenido aún que inventarse el pudor, porque existe todavía la virtud.

## III

Por fin, se llega al Manzanillo por una vereda en que casi van pisando las mulas el agua de la laguna. Esta presenta allí un diferente aspecto. En la mitad de su extensión tiene islas frondosas, pobladas de las aves más raras y hermosas que conoce la Historia Natural.

El Manzanillo está colocado entre las aguas del mar y unas pequeñas eminencias que forman la línea que lo divide de la laguna. Este puerto que produce tanto dinero en su aduana, se compone de unos cuantos jacales de madera esparcidos sin orden sobre la arena, y de dos pequeñas casas de madera también pertenecientes á dos compañías alemanas.

Para ir de un jacal á otro, se anda hundiéndose en la arena, fría y húmeda en la noche, y abrasadora en el día. No hay cosa más molesta que marchar hundiéndose en la arena de la playa de los mares. Va uno haciendo el más triste papel de cojo que puede imaginarse. Por eso nos ha dado tanta lástima el pobre turco de Carpio, á quien, sin duda para colmarle sus desdichas, pintz yendo *á lo largo de la triste playa, arrastrando el alfanje por la arena.*

Y sin embargo, en aquellos jacales se encierran capitalistas que no tienen una chaqueta; pero que tienen medio millón de pesos; y continuamente se ven llegar con las velas desplegadas y la proa blanca, hermosos y elegantes bergantines, arribados de Hamburgo con una navegación de doscientos días, y que después de haber atravesado el estrecho de Magallanes, casi dando



vuelta al mundo, llegan al puerto como los cisnes que en la tarde vuelven en manso vuelo á dormir á las rocas, arrullados por el gigantesco vaivén de las olas.

Los buenos hamburgueses tripulantes de esos buques, preguntan si para tales chozas traen tantos millones de pesos en mercancías; y cuando se les contesta que son para Colima, ciudad distante noventa millas de allí, se asombran más aún. Esos tranquilos marinos no comprenden un viaje de noventa millas sin ferrocarriles.

## IV

Es tan diferente de la nuestra la vida de aquellos hombres de la costa, que sin verla no podemos figurárnosla, nosotros, hombres de las ciudades. Aquí tenemos la vida monótona de un reloj bien arreglado. Sujetamos á marcha fija todos los pasos que damos en el día; y aun nos señalamos de antemano lo que debemos pensar. Los habitantes de la orilla del Pacífico, son más reyes de la creación que nosotros. El magnífico y voluptuoso calor no les exige la esclavitud de trajes y modas que á nosotros. El alimento está pendiente de los árboles. Los cocos mitigan su sed. En fin, á la sombra de dos datileros se columpian en su hamaca, teniendo por horizonte un mar sin límites, de espléndido manto azul que mueve sin cesar, como para distraer la vista del costero, que poética y melancólica vaga sobre la inmensa extensión de las aguas, ó se detiene en los colores caprichosos formados por el sol en los peñascos, ó en las lejanas velas blancas perdidas en el confín del horizonte como palomas que juguetean en el agua. Aquellos hombres trabajan con afán en la descarga de un buque. Se les ve todo un día trasportando los tercios á la playa; y hundiéndose en el agua cuando no pueden llegar las embarcaciones á la orilla, porque en el Manzanillo aun no hay un muelle: y después, cuando el buque ya descargado zarpa del puerto, se entregan al placer y á las fiestas hasta consumir su último centavo.

Las fiestas tienen allí una fisonomía particular, como la vida misma de aquellos hijos queridos del mar. Vamos á procurar pintar uno de esos días de fiesta, si es posible describir su originalidad.

## V

En la mañana, todos los hombres de á caballo, montan y se van al rancho del *tío* que ese día recibe la fiesta, para traer los toros que los más guapos muchachos han de capear y jinetear. Todos van en antiguas y negras sillas vaqueras, llevando la reata obligada. Los viejos envuelven sus cabezas con un *pañito paliakat* á cuadros, y los cubren con sombreros de fieltro negro que les caen patriarcalmente de ambos lados de la cara. Ese día los guapos se ponen las chaquetas de paño (hay algunas color de verde botella que podemos llamar clásicas) y van con sendas cañas ornadas de *mascadas* á acompañar á las señoras á recibir los toros. Estas forman una verdadera mascarada: unas van á la mexicana sobre la silla vaquera, puesto un ceñidor de la teja á la cabeza para colocar el pie izquierdo, y la pierna derecha doblada sobre el fuste; y la jinete con el rebozo terciado y el sombrero jarano sobre el peinado sencillo de trenzas. Otras en algún albardón viejo traído por una americana de San Francisco, enseñando sus pies con zapatones, y adornadas ya con un inmenso gorro, ya con algún sombrero de paja cubierto por una cascada de cintas verdes, amarillas, rojas, negras y azules; de manera que á alguna distancia se cree de buena fe que esas señoras llevan en la cabeza un papagayo. Todo lo que hay de más ridículo lo aceptan con la sencillez propia de sus buenos corazones.

Y en medio de los gritos y del alboroto consiguiente á tales fiestas, salen á recibir los toros hasta el otro lado de la bahía, en donde se extienden dilatadísimos bosques de cayacos, formando como un cerco de esmeraldas al zafiro azul de las aguas del puerto.

Por fin, llegan los toros en medio de descomunales vivas, de



incontables detonaciones de cohetes, y de la música del pueblo, música de viento en la cual predomina la tambora y el chinesco.

Jamás emperador, rey ni libertador alguno ha sido recibido con alegría más cordial y más sencilla.

## VI

Los toros son entre nosotros la sola diversión del pueblo. Luchar con fieras fué para los romanos la última señal de su degradación. El César, después de recibir á las legiones victoriosas, pensaba que esos hombres libres y valerosos podrían recordar las glórias de la República, y los mandaba á entretenerse con los sangrientos espectáculos del circo. El circo servía también para distraer el hambre del pueblo. Para sostener una corona se arrojaban hombres á ser despedazados por las fieras. Los emperadores alimentaban su poder con la sangre derramada por los ciudadanos en el campo de batalla, y continuaban haciéndola derramar en el Coliseo: habían visto que el remedio era bueno.

No hay duda de que con esto la civilización daba un paso atrás. De las fiestas olímpicas de los griegos al circo de los romanos, había la distancia del antropomorfismo, apoteosis del hombre, á su más grande degradación.

Las espartanas corriendo en la plaza pública para hermosear su cuerpo con el ejercicio; los más bellos atenienses, yendo, ya á las fiestas ístmicas, ya á Olimpia, ya á los campos donde se levantaba grandioso el templo de Delfos, á conquistar una corona de encina, formaban por lo menos su gloria en el desarrollo de la parte física del hombre. Los griegos perfeccionaban al hombre, mientras los romanos lo sacrificaban; los griegos iban aún más allá en sus fiestas, se reunían para fraternizar, y durante ellas suspendían las guerras: los romanos hacían luchar á los hombres con las fieras para ayudar las ambiciones de sus amos y aletargar al pueblo, continuando en el circo la matanza de los campos de batalla.

No puede disputarse que esto fué retroceder. Pero ¿ha sido lo mismo con las corridas de toros?

El hombre había bajado más y más. Estaba casi en el último escalón de la degradación humana. A la lucha del hombre con las fieras, había sucedido la lucha del hombre con el hombre. El torneo fué un paso más á la barbarie. Poco antes horrorizaba al poeta la vista de millares de romanos que olvidando sus gloriosos triunfos y la grandeza de la patria, se divertían tan sólo en ver cómo se manchaba la arena con las entrañas que á sus semejantes habían arrancado los tigres de la Libia; y después en un campo cerrado adornado de pendones y bellas banderolas, á cuyo derredor se levantan lujosas é improvisadas graderías, sobre tapices de Persia y en riquísimos escabeles, se sientan hermosas y altaneras damas, que van á sonreír mientras los plebeyos aplauden frenéticos, cuando dos caballeros, tomando campo, se precipitan lanza en ristre y visera calada, el uno contra el otro, y á tan tremendo choque ruedan ensangrentados en la palestra. El supremo goce lo forma la tremenda maza que como el rayo se desploma sobre la frente del adalid desarzonado, y rompiendo el casco de acero, le tritura el cerebro.

Pueblos que tenían tales goces, y que distraían sus ocios con los autos de fe, viendo quemar en las hogueras de la Inquisición á sus hermanos, daban un paso hacia el progreso volviendo á luchar con las fieras y suprimiendo la matanza de hombres entre sí.

Además, sus instintos valerosos y, si quiere decirse, sangrientos, necesitaban contentarse de alguna manera. Pero no fué el hombre arrojado á la fiera, no; fué el hombre luchando con ella y vencéndola, el hombre que satisfacía sus instintos de valor, el pueblo que educaba su corazón y lo fortalecía; mas ya con el menor sacrificio posible de humanidad.

Los toros han venido á ser un progreso en la historia.

¿Pero es ya tiempo de que se dé otro paso más en esa senda, y los suprimamos? Aquí entra una cuestión social, no ajena de este lugar: describimos costumbres, y debemos examinarlas.



## VII

Cuando no se da á los pueblos una educación suficiente, quedan vivos en ellos algunos instintos naturales que sólo la ilustración domina. Se ha dicho que el hombre es el lobo del hombre. Por lo menos el hombre no educado, se entrega á las pasiones y acaba por matar al hombre. La ignorancia de las masas produce como resultado necesario el asesinato por costumbre.

Pues bien; cuando el pueblo no está instruído, y por lo mismo no tiene manera de entretener su inteligencia y sus instintos, los gobiernos deben hacerlo. La diversión pública llena ese vacío; pero para ser eficaz es indispensable que sea una diversión del agrado del pueblo. Bajo este aspecto son necesarios los toros. Suprimidlos, y el pueblo, sin un espectáculo donde desahogue sus instintos de matar, se irá á matar á sí mismo.

Instruídlo ó dejadlo divertir. Tenéis una humanidad y una filosofía curiosas. No queréis que se mate á un toro, y no os parece mal que los hermanos se maten entre sí. Mañana predicaréis el ayuno, porque no se sacrifiquen corderos ni terneras. Al pueblo se le gobierna, no con teorías, sino con filosofía práctica: la historia nos lo enseña.

Por eso el buen pueblo del Manzanillo, el cual como todos los pueblos, tiene mejor instinto que los gobernantes más sabios, recibió, según habíamos dicho, á los toros, con las mayores muestras de regocijo.

## VIII

Como es de suponerse, en el puerto de Manzanillo no hay plaza de toros; y no digamos una plaza de mampostería como la de Morelia, pero ni siquiera de tejamaniles podridos como la de nuestra Capital. Allí se improvisa un cuadrado de vigas en el lugar más ancho de la playa, formando una especie de huacal de la

altura de un hombre, en donde se encierran el toro y los aficionados, mientras el público se coloca buenamente del lado de afuera para contemplar la corrida. Por supuesto todos están al rayo del sol, y encuentran muy divertido ahogarse de calor, y recibir en los ojos las nubes de arena levantadas por el toro al rasar enfurecido el suelo.

Nada más un pequeño tablado se levanta cubierto de un trozo de vela que le da sombra, y sirve para la aristocracia del puerto. Y no se admiren nuestros lectores de que con tan pocos habitantes haya allí aristocracia; porque son tan bellos los instintos del hombre, que si se encuentran dos en un desierto, el uno querrá dominar al otro y constituir la aristocracia de aquella soledad.

A la llegada de las fieras, corren todos á ocupar sus puestos para ver el toro de once, el cual sirve, digamos así, de almuerzo á la corrida. El lado exterior del huacal descrito, se cubre de multitud de costañas y pescadores, que Dios sabe si ven los toros, ó si se dedican á otras alegrías.

Es de ver la algazara y gritería de aquellos espectadores, ya sea que el toro haga rodar en el polvo al mejor capeador de los ranchos (el cual capea no con capa, sino con zarape), ya sea que lo jinetee el más querido de los boteros de la bahía, á quien no puede tirar el toro, y bien agarrado del pretal, antes se hace pedazos la cara contra el lomo del becerro, que caer. ¡Cuánta felicidad la de esos jinetes que con la cara inundada de sangre, se creen dichosos como un rey!

No hay que hablar de la algarabía de las mujeres cuando el toro se acerca á las vigas, contra las cuales están recargadas viendo: corren inmediatamente dando gritos, á refugiarse al lado de los hombres.

Las mujeres son raras; huyen de un toro que no las pueden alcanzar, y se van á arrojar en los brazos de un hombre, más temible que el toro.



## IX

Todos conocemos las sensaciones terribles, producidas por una corrida de toros, así como las mil peripecias de ella: abandonaremos, pues, la plaza improvisada, é iremos á la casita del *tío* Pedro, que recibe ese día al pueblo. Debajo del portal se ha puesto la mesa, cubierta con limpísimos manteles, porque la limpieza es característica en las gentes del mar. Como son hijos del agua, no le tienen miedo. No habiendo sillas suficientes para toda la concurrencia, ponen alrededor de la mesa cajas de vino para que sirvan de taburetes. Los costeños encuentran admirable el agua para bañarse en ella; pero ni la más dulce les parece buena para beber. Por eso tienen tantas cajas de vino vacías.

Sobre la mesa humea la gigantesca cazuela de morisqueta, que deja ver sobre su mar de arroz alones y piernas de pollo, y pedazos de carne asada. A los lados se levantan homéricos cántaros llenos de tuba. La tuba es el sabroso licor de la palma, y que tanto en su color como en su sabor es algo parecido á nuestro pulque.

Entre los manjares del país se colocan latas llegadas de California, y buenos vinos de Jerez y de Oporto. Solamente falta en esas mesas el pescado fresco, es decir, lo único que aquellas gentes tienen á la mano. No lo toman porque ellas mismas tienen que pescarlo; y por indolencia prefieren tomar el de San Francisco, aun cuando no sea fresco, tan sólo porque se los llevan.

## X

Rehusamos pintar la alegría franca de la comida; los brindis entusiastas de los marineros más ilustrados, que en sus viajes han aprendido tan elegantes costumbres; el comer con los dedos de la multitud; el mirarse y sonreír de los enamorados; el beber cognac de los hombres de experiencia; y la ansiedad de las viejas porque llegue la hora del juego.

Allí toda fiesta concluye con albures. Y todo el día y toda la noche se sigue jugando, mientras los jóvenes bailan en el portal la zamba cueca y la zamba chilena. Estos también van allí á jugar, aunque una moneda de más precio que se llama corazón.

Dejemos, pues, pasar el juego y los toros de la tarde, y vamos al baile.

## XI

El baile es también en el portal de la casita del *tío* Pedro: espléndido salón que tiene por paredes las colgaduras del firmamento, tachonadas de estrellas; por alumbrado un mal quinqué, y la luna que eleva encima del horizonte su fanal de plata; y por orquesta las arpas acompañadas por la gama armoniosa de las olas.

Para bailar sé coloca un gran cajón vacío, el cual se procura que sea lo más alto posible. Alrededor se sientan en bancos los circunstantes, dejando el lugar de preferencia á los tocadores de arpas.

Todas las muchachas del puerto empiezan á llegar: se han puesto sus trajes de más lujo; llevan sus enaguas ligeras, verdaderamente aéreas, de gasa; unas botines, otras zapato bajo mexicano; camisas muy blancas de cambray, bordadas ó llenas de randas; y magníficos rebozos de seda importados de Jalisco, y aun algunos exquisitos de bolita comprados para regalo en el Valle de Santiago. No adornan sus cabezas con flores; pero llevan en su cara un par de ojazos negros que despiden rayos tropicales, capaces de hacer derretir la misma frente de hielo del volcán de Colima.

En cuanto á los hombres, van con descuido, y sólo dispuestos á lucirse en el zapateado, con el cual hacen retumbar el cajón en que bailan.

Allí se baila de una manera muy diferente de la nuestra. Se empieza á tocar el arpa, acompañando el *son* con redondillas cantadas, llenas de sal y de originalidad; é inmediatamente se le-



vantan la mujer y el hombre que quieren, y sin invitarse suben al cajón; y mientras la mujer hace los más difíciles tejidos de pies en un extremo, el hombre, con tremendos golpes y sacudiéndose con furia, recorre todo el cajón hasta romperlo. Si alguno se cansa, se baja sin ceremonia, y deja al compañero sólo, y sube otro hombre ú otra mujer á ocupar su puesto. A veces sucede que alguno de los concurrentes tiene impaciencia por bailar, y buenamente se sube al cajón delante de la persona que baila, la cual tiene entonces que bajarse.

Así pasan aquellas gentes seis y siete horas, sazizando el baile con copas de cognac.

Ya hemos dicho que el Manzanillo tiene veneno en el aire. Después de uno de estos bailes se ve pasar á las muchachas amarillentas y ojerudas; en la tarde se mueren; y en la noche sigue el baile, para que sigan los entierros al día siguiente.

La autoridad tiene muchas veces que intervenir para suspender esas fiestas mortales.

## XII

Como se ve, el Manzanillo no es por cierto un paraíso; y sin embargo, está llamado á ser de una grande importancia. Posee una bahía muy extensa, y tan bien guardada, que sus tranquilas aguas parecen más bien las ondas tranquilas de un lago. En la tarde, semeja el cristal rizado de una fuente. Las gaviotas lo rozan ligeramente; y las garzas blancas, paradas en la playa, agachan su pico, cuando llega la ola á bañar sus rojas piernas, para tomar el pececillo que las alimenta, y alzan su coronada cabeza mientras la ola se retira y vuelve. El agua en su apacibilidad forma círculos concéntricos, ya sea que la muevan los remos de un bote, ó algún pelícano al zambullirse. Esos pelícanos oscuros, que agobiados por su colosal pico se dejan llevar perezosamente por el movimiento de las ondas, nos han parecido siempre el pensamiento triste de los mares.

La bahía es profunda; hemos visto un vapor de guerra llegar

á tiro de fusil de la arena, y los buques de poco calado llegan casi á tierra. Muy poco costaría, por lo mismo, hacer un muelle.

Hace algunos años está tirado allí un faro, sin que se haya colocado en el peñón que sirve de vigía, y se levanta á la izquierda del puerto.

Pero lo más necesario para dar porvenir al Manzanillo, es procurarle salubridad. Esto es muy fácil; el daño lo causan las aguas estancadas en la laguna, y con muy poco se las puede comunicar con las del puerto. Varias empresas se han formado con este objeto, pero han tropezado con los intereses de los cosecheros de sal. Mas siendo preferente el interés general de la nación, creemos que pronto se llevará á cabo. Entonces este puerto, que ya surte á los Estados de Colima, el Sur del de Jalisco y gran parte del de Michoacán, llevaría sus efectos hasta Guanajuato y Querétaro. Hoy tocan en él dos líneas de vapores: la de Panamá y otra especial establecida en virtud de una última concesión del Gobierno.

Por este puerto llegan la mayor parte de los efectos chinos al país; y ya se exportan por él maderas riquísimas, como son el palo de tinte, sangre de drago, caoba, ébano y otras; y en mucha cantidad el coco de aceite ó cayaco, del cual sacan los americanos magnífico aceite y excelente jabón.

Un camino carretero para Colima se hace también indispensable. Hoy se recorre á caballo ó en mula, y no son muy afectos á caminar de ese modo los habitantes del Manzanillo. Esos hombres, acostumbrados á sostenerse en el lomo de ese gran caballo encabritado que se llama Océano, ven con desdén nuestra vanidad de jinetes.

Aquellas gentes viven en la libertad y en el placer; es preciso que vivan en la comodidad y en los goces tranquilos de la civilización. Aquel puerto está abierto á un porvenir grande; es preciso que lo realice en la paz y la abundancia.

ALFREDO CHAVERO.